





Tambores y silencios

CAMINO DEL CALVARIO EN LA MADRUGADA DE CUENCA

Cada mañana de Viernes Santo, en la ciudad castellana, turbos y nazarenos cuidan de que todo acontezca y cobre vida en la tradicional procesión que discurre entre las calles y recodos del casco antiguo.

Por Eduardo Torres
Fotografía E. Torres / Cover

Las postreras luces del atardecer, presagio de un crepúsculo morado, han dejado las calles impregnadas de incienso y tras cruzar el Puente, sobre el río, muere el último aliento de una vela en la vieja tulipa del nazareno. Concluye así, junto al Júcar, el impresionante mosaico de estampas y matices —el repicar gozoso de la torre, el verde intenso de la yedra, la campanilla— que, casi hasta medianoche, la procesión de Paz y Caridad despliega en la tarde de Jueves Santo por las calles de Cuenca.

La ciudad queda entonces en silencio, mientras la luna —dibujando el perfil del casco antiguo— cierra augurios de muerte sobre el chopo

que reza en la ribera. Puertas adentro, reunidos en torno a la mesa, los amigos y cofrades comparten las horas previas a la madrugada más intensa del año. Túnicas y capuces, tambores y clarines, aguardan a la espera de ver cumplido el tiempo de la cita. Unos velan, otros dormitan, y, entretanto, unas antorchas buscan por las huertas del Huécar.

Tras pasado el umbral del nuevo día, se levanta un rumor apenas perceptible que confunde sus ecos con el caer del agua entre la piedra y el viento seco y frío de Castilla. Por callejas angostas, por pasajes y esquinas, salidos de la noche —embozados en túnicas moradas, blancas y amarillas— los primeros heraldos de las turbas anuncian con el ritmo

de sus tambores que la hora está cerca. Paso a paso, un inconsciente impulso los reúne, los aviva, hasta formar una creciente y fiera turba-multa que, emulando a los judíos enardecidos contra Jesucristo, se agolpa de madrugada ante las puertas de la parroquia de El Salvador para pedir la entrega de su reo.

En el interior de la iglesia reina el bullicio. Los hermanos de las tres hermandades que conforman la procesión Camino del Calvario

la talla de Marco Pérez se abre paso, sobre los hombros de los banceros de Cuenca, camino del Calvario. Detrás, el paso de Jesús caído y la Verónica, perteneciente a la misma hermandad, avanza siguiendo la estela de la imagen titular para recrear, sobre las andas, la milagrosa escena grabada en blanco paño con la sangre de Cristo.

El discípulo amado, San Juan, sigue al maestro. Flanqueado de capuces verdes, desciende gallardo por la cuesta, mientras suena la mar-

Desde hace más de cuatrocientos años, se organizan en Cuenca cortejos procesionales en la madrugada de Viernes Santo

—Nuestro Padre Jesús Nazareno (de El Salvador), San Juan Apóstol Evangelista y Nuestra Señora de la Soledad (de San Agustín)— completan los preparativos del desfile. Unos y otros apuran los últimos momentos antes de la salida en una impaciente espera, donde viejos amigos, venidos de los más recónditos lugares del planeta, se reencuentran, como cada Viernes Santo, llamados por la tierra en que

cha que el maestro Cabañas compusiera para guiar su paso en la madrugada conquense. Elevado sobre un trono barroco labrado con el águila de Patmos, busca entre las gentes agolpadas junto al puente del Huécar quién acierte a curar su desconuelo. Su mirada perdida viaja entonces —a través de los tiempos— hasta la otra orilla, para escuchar la voz de su poeta: *¿Dónde por la serranía, tan de mañana, San Juan?...*



EL JESÚS LASTURBAS

La más antigua. Encabezando la procesión más antigua de Cuenca, el Jesús de las Seis realiza su recorrido acompañado de las tradicionales turbas, que evocan con sus tambores y clarines las burlas sufridas por Jesús camino del Calvario. Vestidos con la túnica de las distintas hermandades y anudado el capuz al cuello, desfilan con el rostro descubierto como parte del cortejo. El origen de las turbas ha sido asociado con diversas manifestaciones culturales y religiosas, como las representaciones de la Pasión o los antiguos desfiles de flagelantes. No obstante, lo que sabemos a ciencia cierta es que, desde principios del siglo XX, varias familias humildes eran pagadas para que desfilasen tocando tambores y clarines en señal de escarnio. La popularización de esta costumbre terminó de configurar la dimensión de las turbas que hoy conocemos.

aún palpita el recuerdo infantil de otras mañanas evocadas desde la lejanía.

Llegadas las cinco y media de la madrugada, las cinceladas puertas de El Salvador, tras doblar el tambor su resistencia, se abren de par en par y un estrépito insomne de clarines saluda desde la muchedumbre al Nazareno. Empujadas calle abajo por quienes custodian entre lanzas al rey de los judíos, las turbas descienden abruptamente, delante de los estandartes del Jesús de las Seis, por el empedrado de la calle Alonso de Ojeda. A la luz de los faroles que aún alumbran los estrechos recodos de la ciudad antigua, miles de tambores estremecen la noche, mientras

El vaivén de la palma deja paso al silencio. Una infinita hilera de tulipas crepita entre las filas de la Soledad, que se anuncia a lo lejos bajo el palio forjado con la fe y el sudor de sus banceros. Antes de su llegada —bajo el farol naranja, entre callejas— la Madre dolorosa alcanza al Hijo y tras burlar el cerco de la gente que grita sus manos acarician el corazón llagado en el tormento. Así lo narra, elocuentemente, el paso de El Encuentro, perteneciente a la hermandad de los capuces negros, cuya imagen principal cierra el cortejo. La Virgen de la Soledad, solemne y cadenciosa, siente entonces —mientras da sus últimos pasos antes del amanecer— el rítmico latir de los martillos y un metálico y suave tinti-

neo. Son los herreros –dicen, entre susurros, quienes contemplan el desfile al calor de la Puerta de Valencia– los de su gremio, que encienden sus fraguas en la noche para que la Virgen no pase frío.

Despunta el alba por los cerros vecinos. La procesión sigue su curso por la parte baja de la ciudad mientras la luz se extiende por un cielo raso de azules cristalinos. Entrada la mañana, muchos turistas y visitantes de los que cada año acuden al llamado de Cuenca, se concentran, con el rostro cansado y zaherido, en torno al Puente de la Trinidad, donde se inicia la subida hacia la Plaza Mayor. La procesión recobra entonces todo su dramatismo expresionista al abrigo de las empinadas cuestras, los recodos y el viejo caserío. Las turbas serpentean entonces hasta alcanzar la calle Alfonso VIII, espina dorsal del casco antiguo, que tiembla con el bronco bramido del tambor curtido en piel de toro. Tras doblar las curvas de la Audiencia, el Jesús de la Seis sigue su senda y, entre clarines destemplados, enfila la cuesta que le ha de conducir hasta lo alto, perdido entre el gentío con la cruz a la espalda, errante entre el tumulto de una segunda Vía Dolorosa.

Detrás, junto a la Soledad, el nazareno calienta sus ateridas ma-

interés turístico

la Semana Santa de Cuenca, de interés turístico internacional, alcanza en la madrugada su punto culminante



A la izquierda, Nuestro Padre Jesús Nazareno (de El Salvador), conocido popularmente como el Jesús de las Seis, en la Plaza Mayor iniciando el descenso frente a la catedral. A la derecha, San Juan a su paso por el Puente de la Trinidad. Arriba, el tambor constituye parte esencial de muchas celebraciones religiosas.

nos con la llama encendida en la tulipa. Por vez primera, el sol hierre sus ojos en la calle de Palafox, donde observa a San Juan cimbreando su palma contra el perfil agudo de El Salvador. A lo lejos escucha el rumor de las turbas, a su lado la banda que da aliento al bancario. El nazareno sueña. Son muchas madrugadas las que fueron, muchos los que anduvieron con él los mismos pasos: amigos, primos, hermanos. Piensa en los que partieron, en los que vendrán... A su lado, el silencio dolorido camina y una paloma blanca cruza el alba en su vuelo.

Cuando la procesión llega, a media mañana, a la Plaza Mayor, no cabe un alma para ver la estruendosa despedida que los palillos

SAN JUAN APÓSTOL

San Juan Apóstol. La Venerable Hermandad de San Juan Apóstol Evangelista, cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XVI, desfila en la madrugada de Cuenca con túnica morada y capuz de terciopelo verde. La imagen actual es obra del taller de Marco Pérez, quien mostró siempre hacia esta talla una predilección personal. Tras la guerra civil, cuando fue reorganizada la Semana Santa conquense, San Juan inspiró la famosa marcha del maestro Nicolás Cabañas, que lleva su nombre.



Nuestro Padre Jesús Nazareno (de El Puente) preside la procesión de Paz y Caridad, que despliega un impresionante mosaico de colores y matices en la tarde de Jueves Santo, desde su salida de San Antón hasta su finalización, cerca de la medianoche.

brindan —alzados sobre la muchedumbre como tibias de hueso enloquecidas— al Jesús de las Seis, a la Caída y al paso de San Juan, que baila una macabra danza de la muerte antes de detenerse en el camino. Después la turba calla. Apostados en dos largas hileras que atraviesan la luz de parte a parte, los de capuces negros

los suyos donde todos los años —junto a la catedral, en las escalerillas, bajo los arcos del Ayuntamiento— para reponer fuerzas y recordar, en animada conversación, los pormenores de la madrugada. Sin apenas tiempo para el descanso, los primeros tambores de las turbas inician su vertiginoso descenso hacia la parroquia

La llegada de la procesión a la Plaza Mayor ofrece un extraordinario contraste de sensaciones entre tambores, palillos y silencios

aseguran la senda que ha de cruzar el llanto de la Madre. No cabe nadie, mientras la Soledad gravita en el silencio sobre la plata fría de sus cinco arbotantes.

El cortejo hace estación en la Plaza Mayor. Nazarenos, banceiros, estandartes y turbos cobran aliento y se reencuentran con

de procedencia. Recompuesto el desfile, todo queda dispuesto para su desenlace. A mitad de la cuesta, donde la calle ensancha y la yedra verdea ese rincón vecino a San Felipe, el Jesús de las Seis detiene el paso mientras la turba guarda decoroso silencio. Desde las escaleras, rompe entonces el canto del *Miserere*. La tur-

incomparable

Cuenca, declarada Patrimonio de la Humanidad, ofrece un marco incomparable para el desarrollo de las procesiones de Semana Santa

ba espera. Tras el tambor de piedra, un leve escalofrío cruza el cuerpo que la noche trajera. Elevada en lo alto, sobre la punta aguda de la nota postrera, la turba explota. Un temblor insondable, una fuerza telúrica y agreste, derriba y echa en tierra los cimientos de la ciudad entera. Detrás la Madre escucha el escarnio del Hijo. Busca entre los cantores quien le sepa decir su paradero. Vibra el *Stabat Mater* y en el aire hay un rumor que vuelve de otros siglos y tierras. Bajo el capuz, sin rumbo, el nazareno vuela. Suena Mangana.

Encerrada en la calle del Peso, la turba desemboca finalmente en Solera. La procesión agoniza y el clarín saca fuerzas de flaqueza



Arriba, San Juan recibido con una sonora 'palillá' tras pasar los arcos del Ayuntamiento. Abajo, la Soledad entrando en la Plaza Mayor. A la izquierda, pies de penitentes, que por toda España encarnan el carácter vivencial de la Semana Santa.

para escupir al paso del maestro cuando la cruz asoma tras la esquina. Todo se ha consumado. La luz del mediodía ciega la mirada perdida del Nazareno, casi en El Salvador, cuando en un desbocado remolino, los palillos en alto despiden a su reo. San Juan, con la túnica verde terciopelo, avanza entre su marcha y los tambores que buscan al apóstol para entregar con él su último aliento. Después silencio. La Soledad camina mientras la horquilla roza el empedrado. Su rostro es un carámbano de pena. El nazareno sueña, y una paloma blanca, sobre el río, anuncia el alba de la primavera.

SOLEDADDESANAGUSTÍN

La Soledad de San Agustín. La Venerable Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad (de San Agustín) recibe su nombre del antiguo convento de los agustinos, situado extramuros de la ciudad de Cuenca, en torno al que se cobijaron desde su fundación, hace más de cuatrocientos años, las distintas hermandades de la procesión.

El traslado de todas ellas a su actual emplazamiento, en la parroquia de El Salvador, se produjo, tras la guerra de la Independencia, a comienzos del siglo XIX.

